

¿Cuál ha sido el acto político más significativo de los últimos meses? ¿La asamblea de la CTM? ¿El anuncio del SAM? ¿El lanzamiento del Plan Global? ¿El descubrimiento de la estatua de Fidel, ahora atornillada donde late el corazón de nuestro capitalismo? ¿La proclamación de los candidatos priístas para gobernadores? ¿Las elecciones de hace tres días? Nada de esto. El acto político más significativo de los últimos meses fue la inauguración, hace una semana, del Canal 56 de televisión en español, en el mismísimo Washington, D.C. y en la sede de la Organización de los Estados Americanos (OEA). El Canal 56 forma parte de un sistema de televisión hispánica que al parecer cubre otras varias ciudades estadounidenses: Los Angeles, Chicago, Nuevo York, Miami, etc.; se afirma, aunque nada se sabe a ciencia cierta, porque los pormenores no se han dado a conocer que el sistema consta de no menos de 37 transmisoras. El sistema pertenece a Televisa.

No se ha publicado ningún comentario a fondo sobre el acontecimiento. Yo mismo no capté su importancia sino días después, y de repente. Los actos políticos verdaderamente significativos suelen ser casi invisibles, o tan obvios que parecen el orden natural de las cosas; tanto, que la politología sería en buena parte una ciencia de lo palmario. En esos actos, el poder se manifiesta, la masa presencia aquiescente, y de esa manera, en plena normalidad, en una especie de acto instantáneo de legitimación, y sin que nadie tenga que alzarse de la mesa, se descubre la verdadera naturaleza de un sistema político.

Eso fue lo que ocurrió la semana pasada, en Washington, D.C. Una corporación de comunicaciones, donde se agrupan la más potente élite empresarial y lo más granado de nuestra clase político-priísta-financiera (precisamente la que dio al país su distorsionada estructura actual, inclusive de gobierno), formada con el patrocinio del ex presidente Echeverría, nos reveló a todo color, de costa a costa, de nación a nación, de hemisferio a hemisferio, quiénes son en México los que tienen las llaves del cuarto de mandos.

¿Cómo no llegar a esta conclusión? Dejemos de lado, si es posible, el hecho de que Televisa enlaza con Estados Unidos a través de sistemas electrónicos creados por el gobierno mexicano y de los cuales éste no ha hecho jamás un uso intelligen-

Ladridos a la luna

Mensajes del canal 56

8/11/80
Jorge Hernández Campos

te, y pongámonos la atención en otros aspectos más impactantes. Por ejemplo, el de que Televisa, si bien la semana pasada celebró oficialmente su capacidad para congregarse unos 20 millones de mexicanos de acá, más unos 10 millones de mexicanos de allá, más otros 10 millones, quizá más, de hispánicos estadounidenses, en realidad hace mucho tiempo que hace lo mismo, día tras día, centenares de horas al día, en una operación significativa de reiterada comunicación con masas para las que el gobierno es una presencia distante, indescifrable cuando no enemiga.

El *priísta* con que habla el poder —lo sabemos todos— es un lenguaje limitado que no busca el consenso; finge que lo tiene, que es distinto. Si no fuera por los acarreo, ningún político gustaría los placeres del encuentro con las masas. Las transmisiones políticas, incluida la *Hora Nacional*, sólo son escuchadas, si acaso, por algunos profesionales heroicos. Por otro lado, nadie toma a nuestros jefes como maestros de vida. En cambio, Televisa, esa sí que estimula, suscita esperanzas, enseña, orienta, divierte. ¿Han pensado los políticos que nunca nadie ha hecho chistes sobre Televisa? ¿Cómo reaccionaría el país si de pronto Televisa desapareciera?

El Estado mexicano ha sido, salvo excepciones, respetuoso de la libertad de expresión. Pero limitadita. En un libro, cualquiera puede decir lo que se le ocurra, o casi. Pero ¡ay del politólogo que pretenda igualar con la vida el pensamiento y arrastrar a las masas! Ahí se muere. El sistema —ya no el Estado— se reserva ese privilegio: mover a las masas es lo mío, nos advierte el poder. Salvo ante el caso de Televisa. Televisa no sólo puede hacer con las masas lo que quiera, sino demostrar que lo hace mejor que el Estado. Es poco probable que un Figueroa compre espacio en periódicos para llamar a Televisa jauría, o que lo haga un miembro de la Gran Comisión para decir que aquélla está practicando en su información el li-

senso también? ¿A qué estamos legañando millones de hombres encendemos el televisor?

Por ahí apareció en la pantallita, vestido de etiqueta, el embajador Margáin, contentísimo de que ahora sí algo se vaya a decir a los mexicanos del otro lado. Siento decir que vimos al representante nacional muy disminuido, uno entre tantos, símbolo del ausentismo gubernamental en el campo de las comunicaciones. Su aval no fue el único; ha habido otros, de jefes de Estado latinoamericanos, comprendido el nuestro, el de Costa Rica, el del Perú y ¡colmo de colmos! un militar de la junta salvadoreña. ¿Quién es quién en México, en definitiva? En nuestro esquema epicéntrico y sexenalista los gobiernos pasan; Televisa es permanente. Los primeros parten deliberadamente de cero; la segunda va en *crecendo*, con una constancia que no conoce retrocesos.

La gran fiesta en la OEA como que nos abrió los ojos. En aquel concentrado de dinero y fuerza no parecía que el Estado mexicano estuviera delegando ciertas funciones útiles al bien general. Todo lo contrario. Es decir, históricamente nos hallamos en un punto tal que, en coyunturas como la referida, basta ajustar levemente la visual para que parezca como si fuera la potencia económica la que delega funciones en el gobierno.

Ahora bien, ante esta realidad ¿cómo queda el derecho a la información? ¿Cuáles son los límites del SAM? ¿Qué subsistirá, y cómo, el Plan Global? ¿Qué valor tiene el radicalismo verbalista de la CTM? ¿Qué reforma puede caber en la organización oficial de los campesinos? ¿Cuáles situaciones efectivas influirán en la sucesión de 1982?

En esta marea de dudas estamos los que hemos batallado, a veces con riesgo, por una política definida, vigorosa, del Estado en materia de medios. Se diría que hemos perdido tiempo ladrándole a la luna.